

EL COMPROMISO ÉTICO.

Comunicación al II Congreso de Arquitectos de la Región de Murcia. Febrero de 2011.

Refunde y desarrolla la presentada en julio de 2009 al Congreso de Arquitectos de España, celebrado en Valencia.

Desde la situación de profunda crisis económica, legislativa y ética que todos estamos sufriendo, los Arquitectos tenemos en este Congreso la oportunidad de reflexionar sobre nuestra situación, como componentes de una sociedad en crisis, y como ha sucedido tantas veces a lo largo de la Historia, tenemos también la ocasión de liderar en unión de las demás vanguardias intelectuales, culturales, artísticas y técnicas, el necesario cambio, la imprescindible transformación que ésta nuestra sociedad debe experimentar para la propia supervivencia de la civilización y, probablemente, incluso de la vida sobre el planeta.

Efectivamente, nuestra Tierra es un sistema prácticamente aislado. Únicamente algún ocasional aporte de materia y el intercambio y equilibrio entre la energía recibida del sol y la radiada al espacio. Un conjunto unitario con origen y destino coincidentes con su propia identidad.

El aparente milagro que constituye la vida y su integración en el propio sistema-tierra, la continua adaptación de los seres vivos supervivientes a los cambios impuestos por el propio sistema, ha sufrido en los últimos tiempos (un simple instante en la historia de la vida) una posible quiebra antes desconocida según todos los indicadores. Debido a nosotros, a nuestra técnica de supervivencia fundamentada en la “*adaptación*” del medio en lugar de adaptarnos a él, la intervención de nuestra especie ha llegado a constituir, en un periodo extraordinariamente corto en términos históricos, una verdadera amenaza contra nosotros mismos y contra la propia biodiversidad planetaria.

Somos una especie extraña en la historia de las especies. A diferencia de casi todas las demás, cuya intervención en el medio, con la creación de un micro-hábitat inmediato (el nido) se reduce en la mayoría de las ocasiones a mínimos, y cuya supervivencia principalmente ha dependido de sus posibilidades de adaptación a los cambios, a las variables medioambientales, nosotros hemos fundamentado nuestra estabilidad precisamente en lo contrario.

A medida que incrementamos exponencialmente nuestro número (nos acercamos a los 7.000.000.000 de habitantes en el mundo) nuestra capacidad de intervención en el medio, en el territorio, en los recursos naturales, en suma el impacto producido también ha crecido exponencialmente.

Ya solamente desde una posición interesada se puede fingir la ignorancia de la extraordinaria acción que sobre el medio ambiente global ha tenido la acción humana. El calentamiento del planeta derivado del desequilibrio energético provocado por nuestra irresponsable actividad (efecto invernadero), la creciente contaminación del aire, del agua y de la tierra, y la sistemática destrucción de los recursos naturales, son hechos verificables, ciertos. Hechos resignadamente aceptados ya por los más lúcidos investigadores y científicos como punto de partida, como hipótesis ciertas de trabajo, en el diseño de estrategias de intervención. Estrategias que suelen chocar frontalmente con los más espurios y egoístas intereses económicos. Y a veces simplemente con la inconsciencia colectiva.

Como “*la alegre marcha hacia la autodestrucción*” se calificaba acertadamente hace algunos años este irreflexivo proceso cuyos más evidentes episodios, en términos

humanos, económicos y sociales, han sido las profundas crisis de los últimos dos siglos. Sobre sus resultados catastróficos no es preciso aportar más comentarios.

Tal vez la última de estas crisis, la que estamos sufriendo, represente una buena oportunidad para reflexionar sobre lo que cada uno de nosotros podamos aportar a las posibles y necesarias soluciones de los problemas que supone la situación hoy globalizada en que nos encontramos.

Una civilización que se organiza en torno a unas fuentes energéticas escasas (¿qué hemos previsto hacer cuando se agoten las reservas petrolíferas?; ¿y después?) que fundamenta su estructura económica en el círculo vicioso del autoconsumo de su propia producción, en la destrucción de sus productos para así poder seguir fabricando más, en la obsolescencia programada, con unos inmensos medios de comunicación (manipulación) de masas, una sociedad que puede llegar a generar aglomeraciones-monstruo del calibre del área metropolitana de Tokio (37.000.000 h) Delhi (22.000.000 h) o São Paulo (20.000.000 h) ¿puede continuar indefinidamente este proceso, o ha llegado al límite de sus posibilidades?

Son muchos quienes, resignada y pesimistamente, admiten haber sobrepasado el “*punto sin retorno*” y aceptan un futuro insostenible y, por tanto fatalmente dirigido a la desaparición. Quizá porque egoístamente puedan pensar que no les afectará. Que aún está lejano.

Ante ello, creemos que en todo momento se pueden colectiva y globalmente instrumentar procedimientos y modos que permitan en un plazo suficientemente discreto la recuperación del medio y la restauración del ecoequilibrio necesario para la supervivencia.

¿Y cómo podríamos nosotros contribuir a esta imprescindible recuperación?

Los Arquitectos en conjunto podríamos muy bien analizar los problemas en su globalidad y proponer soluciones creativas a la vez que estéticas y éticas. Sin embargo la historia nos viene mostrando una enorme divergencia entre las propuestas más o menos utópicas, más o menos bienintencionadas, y las propias realidades que se materializan en los (llamémosles como merecen) disparates urbanos evidentes, desastres medioambientales, que cada vez alcanzan a más puntos, a más zonas del globo.

De las utopías urbanas a la conurbación de México DF, de la Ville Radieuse a la Ciudad de Dios, del proyecto de Chandigarh al área metropolitana de Shanghai, median distancias astronómicas, insalvables.

Frente a esta situación es preciso recordar que podríamos disponer de otros medios. Los propios instrumentos de desarrollo que han generado en parte este problema quizá ofrezcan, desde una óptica distinta, también parte de las soluciones, manejados por otras mentes, con otros principios, con otros objetivos. Seguramente será necesario plantear las propuestas desde la estrecha colaboración entre todos los ciudadanos y profesionales para situar los medios ante las “colosales fuerzas” que mencionaba Luis Fernández Galiano en su acertadísimo artículo “Exorcismos Urbanos”:

"Sí, tenemos la ciudad que hemos querido, y acaso también la que nos hemos merecido. Modelada por colosales fuerzas históricas -demográficas y técnicas-, que la política apenas encauza y la arquitectura sólo hace visibles, la ciudad contemporánea no es una geografía voluntaria, sino la expresión construida de lo que somos".

Siempre habíamos sospechado que la Arquitectura venía a representar principalmente la formalización física de las relaciones y elementos que alberga. Lo dice Fernández Galiano

magistralmente: "...la expresión construida de lo que somos". Correspondiente a nuestra propia condición.

Si queremos modificar y mejorar nuestro medio y nuestras ciudades, si queremos incorporar nuestra contribución a la recuperación del territorio y, en definitiva, del planeta, hemos de cambiar nosotros mismos, cambiar nuestros modos de entender, nuestras prioridades políticas y económicas. Mejorar nuestras estructuras sociales supondrá mejorar nuestras ciudades y nuestro medio. Cambiar nuestras interrelaciones.

Sólo que, ahora (y talvez también antes), esas interrelaciones son mucho más complejas de lo que percibimos a primera vista. Las materializamos inconsciente y fatalmente. Estructuramos nuestra vida y nuestros proyectos desde la pertenencia a una sociedad que nos produce y que nos condiciona. Inconscientemente (o talvez conscientemente) trasponemos al Urbanismo y a la Arquitectura las circunstancias de nuestro propio entorno social, nuestras estructuras políticas y económicas, y finalmente configuramos el medio construido a imagen y semejanza de ellas.

De manera que, si la sociedad se organiza en torno a los grandes medios de comunicación de masas, el Urbanismo y la Arquitectura acaban también haciéndolo.

Si la sociedad corrompe los valores éticos y los amolda a las circunstancias e intereses económicos más peregrinos y egoístas (talvez las "*colosales fuerzas*") igualmente acaba por desgracia haciendo la Arquitectura. Poco valen en ocasiones las ideas, las convicciones éticas y las teorías formales ante tales "*estímulos*". Así que el conjunto de nuestras arquitecturas, nuestro urbanismo y nuestros principios, se han acabado diluyendo en un mar de "*singularidades colectivas*", junto a una ocasional maraña de normas, subnormas e "*infraestructuras*" cuya acción, al final, acaba sirviendo exclusivamente a intereses inmediatos y generalmente especulativos. Procesos en donde la teórica participación de la sociedad se reduce y se corrompe colectivamente, en definitiva, en un cúmulo de réditos economicistas y mezquinos.

Conscientes de que algo hay que hacer, pero con estrategias más superficiales y voluntaristas que otra cosa (cuando no deliberadamente ineficaces) sin querer o poder admitir y entender la profundidad del problema, algunos gobernantes apoyan con tibieza ciertas iniciativas – recientemente el gobierno español ha aprobado el libro blanco de la sostenibilidad en el planeamiento urbanístico – sin comprender que frente a estas tímidas y autojustificantes posiciones no cabe otra estrategia que la de la recuperación, la restauración del territorio, la rehabilitación del medio ambiente destruido.

Difícil tarea si no se acompaña de una profunda recuperación y *transformación* de los valores fundamentales de la conducta humana. Difícil tarea si no se origina desde la creencia en una nueva conciencia ética colectiva, que incorpore en la sociedad la convicción de que el medio (natural y artificial) y las generaciones futuras merecen el mismo respeto y consideración que nuestras propias individualidades. Algunos intentos en este sentido se vienen produciendo desde la incorporación a las leyes penales de los delitos contra el territorio, mal llamados "*delitos urbanísticos*" aunque, en nuestra opinion, han invertido el sentido al imponerse desde las normas disciplinarias en lugar de plantearse principalmente como una convicción moral básica, empezando los propios legisladores y líderes sociales y políticos por asumirla como norma fundamental de conducta.

¿Y la Arquitectura? Quizá la Arquitectura haya sufrido incluso peor suerte.

Ante la universalidad de los símbolos sociales, la globalización de las "*stars*" y, simultánea y paradójicamente, la cada vez más alienada soledad individual en las relaciones anónimas, nuevamente la Arquitectura se mimetiza con el fenómeno y genera, con

carácter planetario, a sus “*estrellas*”. No son muchas (la memoria es limitada) pero tienen una gran presencia mediática, son conocidas por el público en general y nadie osa siquiera discutir sus realizaciones, por disparatadas que parezcan.

Y los demás, forzados por los medios y las circunstancias, acabamos imitando, remedando sin el menor espíritu crítico aquello que se nos presenta como ideal, sin entender que a veces su único valor se encuentra en su propia difusión, en su propaganda.

Y hemos generados demasiados generadores de estereotipos, *formalizadores* de la deformación, fundamentalistas de la singularidad, depredadores de las ideas, mediocres con medios, santones de las modas y aduladores del poder a toda costa, sea el que sea.

Son los elementos que amenazan con depredar todo lo grande, lo hermoso, lo serio y lo divertido que puede tener la Arquitectura. Sin dudar lo más mínimo en su corrupción con tal de poder ocupar su “*nicho ecológico*”, quizá su agujerillo de “*gloria*”, en la cadena de mando del “*star system*” de la Arquitectura.

Estamos preocupados por el futuro. Y más preocupados que de costumbre, seguramente porque sabemos que ese futuro no puede continuar por este camino errático y mediático.

No podemos continuar despilfarrando el medio natural en soluciones absurdas, en vanaglorias arquitectónicas o ingenieriles al servicio de los grandes intereses depredadores del planeta. La bandera de la Arquitectura no puede continuar siendo enarbolada por personajes egocéntricos y vanos que se nutren del autoelogio y de los medios públicos. Y que además lo hacen, comúnmente, en connivencia con determinadas opciones políticas y económicas casi siempre partícipes de corrupciones que, en ocasiones, llegan a ser programáticas.

Las estructuras arbóreas de las cadenas de mando y las organizaciones jerárquicas, cimentadoras y consolidantes de las desigualdades destructivas, todavía campan por el mundo de las ideas, originando y provocando lamentables situaciones de dominación y subordinación nada menos que en las acciones creativas.

Frente a ello, sin embargo, la creciente complejidad de nuestra sociedad y de los medios que a pesar de todo, quedan a nuestro alcance, nos puede permitir ahora proponer las estructuras de redes multidimensionales. Constituidas con numerosos enlaces y caminos entre sus elementos y entre todos entre sí, sin subordinaciones ni preponderancias, a semejanza de las estructuras cerebrales, que aún siendo más frágiles aparentemente en sus enlaces, sin embargo resultan más estables, libres y eficaces.

Talvez por ahí vaya el futuro. De hecho las grandes transformaciones sociales han empezado siempre históricamente a partir de acontecimientos singulares, inventos aparentemente inocentes pero que modificando los modos de relación, cambiaron la sociedad. El fuego, la escritura, el ascensor, el automóvil, la radio, etc., y ahora ¿internet, las redes de comunicación?, en el presente siglo ¿el control de la energía de fusión?

Explica el Dr. Jarauta que, en la encrucijada de los años 70, ante la proximidad del año 2000, se pusieron en marcha en el mundo diferentes estudios de prospectiva para intentar, a partir de las variables y tendencias existentes, anticipar el escenario que podría ofrecer el año 2000, el final del siglo. Se construyen observatorios llamados de análisis de tendencias (*trends analysis*) Empresas de distintos países financian la creación estos centros en Hannover, Huston y Osaka. Tres equipos en lugares distintos del mundo se proponen obtener el “*libro blanco*” del año 2000. Se identificaron una serie de variables con valor de sintomáticas, extrapolaron mediante diversos métodos de prospectiva y

finalmente, emitieron los resultados que dibujaban o pretendían dibujar el escenario del año 2000.

Sin embargo, cuando llega el año 2000 no se reedita ninguno de aquellos informes. Permanecen ocultos. La realidad había superado ampliamente sus previsiones. En 1972, el ordenador personal, la clonación, la telefonía móvil, internet, etc., eran *conceptos imprevisibles*, talvez desde la perspectiva científica y sociológica. Únicamente algunas obras de ciencia-ficción podían imaginar circunstancias parecidas a las que, hoy, constituyen nuestra vida cotidiana.

Probablemente nosotros ahora tampoco podamos siquiera imaginar lo que ese futuro que nos preocupa nos pueda ofrecer.

Talvez la solución consista en mirarlo sin miedo, intentando volver a aprender de nuestro pasado, de nuestros errores y de nuestros aciertos. También de los errores y de los aciertos de los que nos precedieron.

Nos enseñaron a “*aprender de todas las cosas*” Denise Scot Brown y Robert Venturi. Es importante aprender de todas las cosas.

Y los arquitectos podemos aprender de todas las cosas. Podemos aprender de la medicina y de la física, de la matemática y de la música, de la pintura y de la biología, de la gente, de los niños, de los viejos, y de tantas y tantas cosas.

Aunque quizá de quien más podamos aprender sea de los propios arquitectos.

Aprender de los Arquitectos que se esforzaron y se esfuerzan por ser fieles a su tiempo, por servir a sus semejantes, a la sociedad en que vivieron, a la sociedad que aceptaron y para la que trabajaron desde el compromiso social y ético de su arte, para ofrecer soluciones a los problemas y a las necesidades de los seres humanos, de sus casas, de sus ciudades y de su medio ambiente.

Debemos asumir con nuestra sociedad este *compromiso ético* y también el compromiso estético. Que seguramente son lo mismo.

El fundamento básico del comportamiento ético que se origina a partir de la necesidad del respeto de los derechos de los demás en la misma medida en que deseamos que se respeten los nuestros, no puede reducirse a nuestro entorno inmediato. Ha de hacerse extensivo a todos los seres vivos, a los pasados y las generaciones futuras.

La regeneración y la transformación de la ética personal y social a escala planetaria, global, será en los próximos años fundamental para el futuro de nuestro sistema.

La sostenibilidad de nuestra civilización, incluso su supervivencia, exige el compromiso ético de todos nosotros, y creo que la Arquitectura puede y debe ofrecer un firme ejemplo de esa renovación ética y, en nuestra medida, liderar ese cambio social.

Plantear una Arquitectura para la libertad y el bienestar actual pero también futuro, sostenible, de la humanidad y de todos los seres vivos y ello frente a una arquitectura entendida “*como símbolo de poder*”, frente a una arquitectura de los intereses, la dominación y la alienación de nuestros semejantes. Asumir este compromiso ético en nuestra tarea puede ser nuestra mejor contribución a ese incierto futuro que ahora nos preocupa.

Antonio García Herrero

Enero de 2011